

LA EPIDEMIA DE INFLUENZA

De *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, la *guerra* y su colega la *muerte* cabalaron durante cuatro años, desde 1914 hasta 1918, por los campos de Europa.

Terminada la gran contienda, un tercer jinete, la *peste*, inició un vasto recorrido por el mundo y, cruzando los mares, llegó a esta pequeña isla. Vino con su inseparable compañero, la *muerte*, que no abandona nunca a sus hermanos.

El cuarto jinete, el *hambre*, que recorre el mundo desde épocas inmemorial, aún cabalga por numerosos países del orbe.

A principios de octubre de 1918, exactamente el día 7, llegaron al puerto de La Habana tres inmigrantes enfermos. En un principio, se diagnosticó su dolencia de cólera, pero su evolución hizo modificar posteriormente el diagnóstico. Había hecho su aparición en Cuba la influenza que, como un reguero de pólvora, se extendió en una epidemia incontenible por numerosos países del mundo.

Por proceder numerosos casos de España, la epidemia fue denominada «influenza española».

La enfermedad se propagó rápidamente a distintas ciudades del país. En Camagüey fue particularmente grave, no solamente por el número de personas afectadas, sino también por las numerosas muertes que ocasionó. Durante varios días hubo un promedio de veinte defunciones cada veinticuatro horas.

El primer caso de influenza se presentó en Matanzas el 12 de octubre, procedente del foco camagüeyano y el 16 del mismo mes se produjo la primera defunción de un caso recluido en el hospital.

En Matanzas, como en el resto de las ciudades de la República, los enfermos atacados por el mal epidémico fueron muy numerosos. La labor de los médicos era agotadora. No tenían en el día un instante de reposo.

Recordemos que en aquella época predominaba la asistencia domiciliar y que la reclusión en las clínicas privadas y en los hospitales públicos era originada, principalmente, por afecciones que requerían una intervención quirúrgica. Sin embargo, las salas de los servicios de medicina de los hospitales estaban completamente ocupadas por casos de influenza.

Yo, era un médico recién llegado, desconocido por el público y, prácticamente, sin clientela, era llamado insistentemente para asistir a enfermos que residían en las inmediaciones del hospital, donde yo desempeñaba las funciones de médico interno.

Era frecuente, al llegar a una casa donde habían sido solicitados mis servicios, encontrar, en sus respectivas camas, a todos los miembros de la familia, que eran atendidos por una vecina valerosa y caritativa.

Como ocurre siempre que una enfermedad no tiene un tratamiento específico, surgen numerosos remedios que, en el concepto del público, alcanzan extraordinario prestigio.

Algunos de esos recursos procedían de la flora cubana y el cocimiento de bejuco ubi una consagración como maravilloso tratamiento de la influenza.

Entre los productos farmacéuticos a los cuales se atribuía un gran poder curativo, quizás el más destacado fue la Gaiarsine, fabricada en Francia por los Laboratorios Ducaté. Fue tal la histeria que se produjo para obtener ese medicamento, que desaparecía de las farmacias tan pronto llegaba. Cierta vez presencié la triste escena de pagar cincuenta pesos por un ampulita de Gaiarsine.

Y el prestigio de esos medicamentos, tanto del bejuco ubi como de la Gaiarsine, se basaba en el hecho de que no todos los casos de influenza eran mortales. El medicamento empleado en los casos de feliz desenlace, recibía entero crédito por la salvación del enfermo. Una vez más se aplicaba la frase latina: *Post hoc, ergo propter hoc* (después de ello, luego por ellos). Se establecía una falsa relación de causa a efecto cuando, en realidad, había existido solamente una antelación en el tiempo, no se tenían en cuenta los numerosos casos en que esos tratamientos habían sido empleados sin éxito.

Eran muy numerosas las familias en las cuales se habían producido varias defunciones. Recuerdo, por haberse publicado en la prensa de la época, el caso del industrial habanero Ramón Crusellas. Edificaba en las alturas de la Víbora una lujosa residencia. Trajo especialmente de

España afamados decoradores para el ornamento de los locales de la mansión. Los decoradores no llegaron a iniciar sus labores. Contrajeron la influenza y murieron muy lejos de España. También perecieron la esposa de Crusellas y varios de sus hijos. La lujosa residencia fue vendida sin haber sido estrenada.

Mi tío Arturo Llanos, que en aquella época era soltero, contrajo la influenza y me trasladé a Cruces para atenderlo. Ya convaleciente mi tío, regresé a Matanzas y reanudé mis labores en el hospital. Una mañana no pude levantarme, tenía fiebre alta y dolores en todo el cuerpo. Se había producido un nuevo caso de influenza. Oscar Forest, dándome una prueba más de su amistad, me llevó a su pequeña clínica recién inaugurada y me cuidó con fraternal cariño y afectuosa dedicación.

Se ha calculado que las víctimas que ocasionó aquella epidemia fueron más numerosas que las bajas producidas por la primera guerra mundial.